

# EL PUEBLO DE LA OSCURIDAD

ROBERT E. HOWARD

Fui a la Cueva de Dagon para matar a Richard Brent. Recorrí las umbrías avenidas creadas por los enormes árboles, y mi humor encajaba perfectamente con la primitiva severidad del escenario. El sendero a la Cueva de Dagon es siempre oscuro, pues las grandes ramas y espesas hojas ocultan el sol, y ahora las sombras de mi propia alma hacían que las sombras parecieran más ominosas y lúgubres que de natural.

No muy lejos oí el lento estrellarse de las olas contra los altos acantilados, pero el mar en sí se hallaba fuera de la vista, enmascarado por el denso bosque de robles. La oscuridad y la lúgubre desnudez de lo que me rodeaba oprimió mi alma ensombrecida mientras pasaba bajo las viejas ramas..., al salir a un pequeño claro y ver la boca de la antigua caverna ante mí. Me detuve examinando el exterior de la caverna y las penumbrosas extensiones de robles silenciosos.

¡El hombre que odiaba no había llegado antes que yo! Tenía tiempo de llevar adelante mi inflexible propósito. Por un instante mi decisión flaqueó y luego, como una ola, me sumergió el perfume de Eleanor Bland, una visión de ondulante cabello dorado y profundos ojos grises, tan cambiantes y místicos como el mar. Apreté los puños hasta que los nudillos palidieron, e instintivamente toqué el revólver corto de maligno aspecto cuyo peso deformaba el bolsillo de mi abrigo.

De no ser por Richard Brent, estaba seguro de haber conquistado ya a esa mujer, el deseo de la cual hacía de mis horas de vigilia un tormento y de mi sueño una tortura. ¿A quién amaba? No lo diría; no creía que lo supiera. Que uno de nosotros se fuera, pensaba, y ella se volvería hacia el otro. Y yo iba a simplificarle las cosas..., y a mí mismo. Por casualidad había escuchado a mi rubio rival inglés comentar que pretendía ir a la solitaria Cueva de Dagon para divertirse explorándola..., solo.

No soy un criminal por naturaleza. Nací y fui criado en un país duro y he vivido la mayor parte de mi vida en los ásperos bordes del mundo, donde un hombre tomaba lo que deseaba, si podía, y la clemencia era una virtud escasamente conocida. Pero un tormento que me desgarraba día y noche era lo que me había impulsado a quitarle la vida a Richard Brent. He vivido duramente, y puede que violentamente. Cuando el amor me dominó, también él era feroz y violento. Quizás no estaba completamente cuerdo en mi amor por Eleanor Bland y mi odio hacia Richard Brent. Bajo cualquier otra circunstancia me habría complacido en llamarle amigo..., un joven excelente, enérgico y sobresaliente en todo, fuerte y de ojos despejados. Pero se interponía en el camino de mi deseo y debía morir.

Penetré en la penumbra de la caverna y me detuve. Nunca antes había visitado la Cueva de Dagon, pero un vago sentimiento de familiaridad equivocada me turbaba al contemplar la gran bóveda del techo, las lisas paredes de piedra y el suelo polvoriento. Me encogí de hombros, incapaz de situar la huidiza sensación; indudablemente la evocaba la similitud con las cavernas en el país montañoso del sudoeste norteamericano donde había nacido y pasado mi infancia.

Y con todo, sabía que nunca había visto una cueva como ésta, cuyo aspecto regular había dado pie a mitos que aquella no era una caverna natural, sino que había sido tallada de la roca sólida hacía eras por las diminutas manos del misterioso Pequeño Pueblo, los seres prehistóricos de la leyenda inglesa. En aquellos parajes todo el campo era un filón de folklore antiguo.

La gente del país era predominantemente celta; aquí nunca habían prevalecido los invasores sajones, y las leyendas se extendían hacia el pasado, en esa campiña largamente colonizada, a una

distancia mayor que en ningún otro lugar de Inglaterra..., más allá de la llegada de los sajones, sí, e increíblemente más allá de esa era distante, más allá de la llegada de los romanos, hasta esos días inconcebiblemente antiguos cuando los nativos bretones guerreaban con los piratas irlandeses de negra cabellera.

El Pequeño Pueblo, por supuesto, tenía su parte en la leyenda. Ésta decía que la caverna fue una de sus últimas fortalezas contra los conquistadores celtas, e insinuaba túneles perdidos, derrumbados o bloqueados tiempo ha, conectando la cueva con una red de corredores subterráneos que recorrían todas las colinas. Con esas meditaciones casuales disputando perezosamente en mi mente con especulaciones más siniestras, atravesé la cámara exterior de la caverna y entré en un estrecho túnel el cual, lo sabía por descripciones anteriores, conectaba con una estancia más grande.

El túnel estaba oscuro, pero no tanto como para no distinguir los vagos y casi borrados perfiles de misteriosos dibujos en los muros de piedra. Me arriesgué a encender mi linterna eléctrica y examinarlos más de cerca. Incluso borrosos, me repelió su carácter anormal y repugnante. Con seguridad que ningún hombre hecho tal y como lo conocemos garabateó esas grotescas obscenidades.

El Pequeño Pueblo..., me pregunte si esos antropólogos estaban en lo correcto en su teoría sobre una achaparrada raza aborígen mongoloide, tan baja en la escala de la evolución como para ser a duras penas humana, poseyendo con todo una diferenciada, aunque repulsiva, cultura propia. Se habían desvanecido ante las razas invasoras, decía la teoría, formando la base de todas las leyendas arias de los trolls, elfos, enanos y brujas. Viviendo en cuevas desde el principio, tales aborígenes se habían retirado más y más hacia el interior de las cavernas de las colinas, ante los conquistadores, desvaneciéndose al fin por entero, aunque el folklore fantasea aún sobre sus descendientes, morando todavía en los abismos perdidos bajo las colinas, aborrecibles supervivientes de una era gastada.

Apagué la linterna y recorrí el túnel para surgir a una especie de umbral que parecía enteramente demasiado simétrico para haber sido obra de la naturaleza. Contemplaba una vasta caverna en penumbra, a un nivel un poco más bajo que el de la cámara exterior, y de nuevo me estremeció un extraño sentimiento de ajena familiaridad. Una corta hilera de escalones llevaba del túnel al suelo de la caverna..., escalones diminutos, demasiado pequeños para los pies humanos normales, tallados en la piedra sólida. Los bordes estaban muy desgastados, como por eras de uso. Empecé el descenso..., mi pie resbaló de pronto. Supe instintivamente lo que sucedería —todo era parte de esa extraña sensación de familiaridad— pero no pude agarrarme. Caí de cabeza por los escalones y golpeé el suelo de piedra con un choque que me dejó sin sentido...

La consciencia regresó lentamente a mí, con un latido en la cabeza y una sensación de perplejidad. Me llevé una mano a la cabeza y la encontré pastosa de sangre. Había recibido un golpe, o me había caído, pero de tal modo me había sido arrebatado el conocimiento que mi mente se hallaba absolutamente en blanco. Dónde estaba, quién era, no lo sabía. Contemplé lo que me rodeaba, pestañeando en la tenue luz, y vi que me hallaba en una vasta y polvorienta caverna. Me hallaba al pie de una corta hilera de peldaños que llevaban hasta cierta especie de túnel. Aturdido, pasé la mano por mi rala cabellera negra y mis ojos vagabundearon por mis enormes miembros desnudos y mi poderoso torso. Vestía, percibí como ausente, una especie de taparrabos, de cuyo cinto colgaba una vaina vacía y en los pies llevaba sandalias de cuero.

Entonces vi un objeto yaciendo a mis pies, me agaché y lo tomé. Era una pesada espada de hierro con la ancha hoja manchada de oscuro. Mis dedos encajaron instintivamente en su empuñadura con la familiaridad del largo uso. Entonces recordé de pronto y reí al pensar que una caída de cabeza pudiese hacer de mí, Conan de los salteadores, un absoluto imbécil. Sí, todo volvía a mí ahora. Había sido una incursión contra los bretones, cuyas costas barríamos continuamente con la antorcha y la espada, desde la isla llamada Eire-ann. Que nosotros, los gaélicos de negra cabellera, habíamos

desembarcado repentinamente en una aldea costera en nuestras largas y bajas embarcaciones y, en el subsiguiente huracán de la batalla, los bretones habían abandonado al fin su tozuda resistencia y se habían retirado, guerreros, mujeres y niños, a las profundas sombras de los robledales, donde raramente osábamos seguirles.

Pero yo les había seguido, pues había una muchacha enemiga a la que deseaba con ardiente pasión, una joven criatura grácil y esbelta con ondulante cabello dorado y profundos ojos grises, tan cambiantes y místicos como el mar. Su nombre era Tamera..., bien lo conocía, pues entre las razas había comercio al igual que guerra, y había estado en las aldeas de los bretones como visitante pacífico en los raros tiempos de tregua.

Vi su blanco cuerpo semidesnudo apareciendo como un destello entre los árboles mientras corría con la rapidez de una cierva, y yo la seguí, jadeando por la ferocidad de mi deseo. Bajo las oscuras sombras de los robles retorcidos huyó, conmigo pisándole los talones, mientras detrás nuestro, a lo lejos, morían los gritos de la matanza y el entrechocar de las espadas. Después corrimos en silencio, salvo por su rápida y fatigada respiración y cuando emergimos a un pequeño claro ante una caverna de sombría entrada me hallaba tan cerca de ella que agarré una de sus flotantes trenzas doradas con mi poderosa mano. Cayó con un gemido desesperado y, en ese mismo instante, un grito respondió a su llamada y me volví rápidamente para enfrentarme a un robusto joven bretón que surgió de un salto de entre los árboles, sus ojos iluminados por la desesperación.

—¡Vertorix! —gimió la chica, su voz quebrándose en un sollozo.

Una rabia más feroz se alzó en mi interior, pues sabía que el muchacho era su amante.

—¡Corre al bosque, Tamera! —gritó él.

Saltó sobre mí como una pantera, su hacha de bronce girando como una rueda relampagueante sobre su cabeza. Y entonces resonó el clamor de la contienda y el laborioso jadeo del combate.

El bretón era tan alto como yo, pero donde yo era fornido él era esbelto. La ventaja del puro poder muscular era mía, y pronto se halló a la defensiva, luchando desesperadamente para detener mis pesados golpes con su hacha. Martilleando su guardia como un herrero el yunque, le acosé implacablemente, empujándole de modo irresistible ante mí. Su pecho subía y bajaba, su aliento emergía en trabajosos jadeos, su sangre goteaba del cuero cabelludo, el pecho y el muslo donde mi hoja sibilante había cortado la piel y había fallado por poco el blanco. Redoblé mis golpes y él se inclinó y se tambaleó bajo ellos como un pequeño árbol bajo una tormenta. Oí gritar a la chica:

—¡Vertorix! ¡Vertorix! La cueva. ¡A la cueva!

Vi su rostro palidecer por un miedo mayor que el creado por mi espada y sus tajos.

—¡Ahí no! —jadeó el bretón—. ¡Es mejor una muerte limpia! ¡En nombre de Il-marenin, muchacha, corre al bosque y sálvate!

—¡No te abandonaré! —gritó—. ¡La cueva, es nuestra única oportunidad!

La vi pasar junto a nosotros como un relámpago, una huidiza humareda blanca, y desvanecerse en la caverna, y con un grito desesperado, el joven lanzó un golpe desesperado y salvaje que casi hendió mi cráneo. Mientras me tambaleaba por el golpe que a duras penas había parado, saltó apartándose, penetró en la caverna detrás de la chica y se desvaneció en las tinieblas.

Con un aullido enloquecido que invocaba a todos mis inexorables dioses gaélicos, salté temerariamente detrás de ellos, sin pararme a pensar si el bretón acechaba junto a la entrada para partirme los sesos mientras yo me precipitaba al interior. Pero un rápido vistazo me mostró la estancia vacía y un atisbo de blancura desapareciendo a través de un oscuro umbral en el muro trasero.

Corrí cruzando la caverna y me detuve en seco cuando un hacha se materializó de las tinieblas de la entrada y silbo peligrosamente cerca de mi negra melena. Retrocedí de pronto. Ahora la ventaja

era de Vertorix que permanecía en la estrecha boca del corredor donde a duras penas podía llegar a él sin exponerme yo mismo al devastador golpe de su hacha.

Casi espumaba de furia y la visión de una delgada forma blanca entre las profundas sombras detrás del guerrero me puso frenético. Ataqué salvaje pero cautamente, lanzando venenosas estocadas a mi enemigo, y apartándome de sus golpes. Deseaba atraerle a un ataque abierto, evitarlo y traspasarle antes que pudiera recobrar el equilibrio. En campo abierto podría haberle vencido por pura fuerza y potencia de golpes, pero aquí sólo podía usar la punta y eso en desventaja; siempre había preferido el filo. Pero era tozudo, si yo no podía acabar con él de una estocada, tampoco él o la muchacha podían huir mientras les mantuviera atrapados en el túnel.

Debió ser la comprensión de ese hecho lo que precipitó la acción de la chica, pues le dijo algo a Vertorix sobre buscar un camino que llevara al exterior, y aunque él lanzó un feroz grito prohibiéndole que se aventurara en la oscuridad, ella dio la vuelta y corrió rápidamente por el túnel hasta desvanecerse en la penumbra. Mi ira se alzó hasta extremos asombrosos y en mi ansiedad por abatir a mi enemigo, antes que ella encontrara un medio de huida, casi conseguí que me hendiera la cabeza.

Entonces la caverna resonó con un terrible alarido y Vertorix gritó como un hombre herido de muerte, el rostro ceniciento en la penumbra. Giró de golpe, como si se hubiera olvidado de mí y de mi espada, y se lanzó corriendo por el túnel como un loco, aullando el nombre de Tamera. Desde muy lejos, como de las entrañas de la tierra, me pareció oír su grito de respuesta, mezclado con un extraño clamor sibilante que me electrizó con un terror sin nombre pero instintivo. Entonces se hizo el silencio, roto sólo por los frenéticos gritos de Vertorix, alejándose más y más hacia el interior de la tierra.

Tras recuperarme, salté al túnel y corrí tras el bretón tan temerariamente como él había corrido tras la chica. Y, dicho sea en mi honor, aunque fuera yo un saqueador con las manos enrojecidas, herir a mi rival por la espalda ocupaba mi mente mucho menos que descubrir qué criatura horrible aferraba en sus garras a Tamera.

Mientras corría percibí sin fijarme mucho que los lados del túnel estaban garabateados con imágenes monstruosas, y de pronto me di cuenta, estremecido, que ésta debía ser la temida Caverna de los Hijos de la Noche, historias de la cual habían cruzado el estrecho mar para resonar horriblemente en los oídos de los gaélicos. Gran terror hacia mí debía sentir Tamera para impulsarla a la caverna aborrecida por su gente donde, se decía, acechaban los sobrevivientes de esa horrenda raza que habitó el país antes de la llegada de los pictos y los bretones, y que había huido ante ellos a las ignotas cavernas de las colinas.

Delante de mí el túnel se abría en una espaciosa cámara, y vi la blanca forma de Vertorix vislumbrarse en la semioscuridad y desvanecerse en lo que parecía ser la entrada de un corredor opuesto a la boca del túnel que acababa de atravesar. Al momento sonó un breve y feroz alarido y el estruendo de un fuerte golpe, mezclado con los gritos histéricos de una muchacha y una mezclanza de siseos de serpiente que hicieron erizarse mi cabello. Y en ese instante me lancé fuera del túnel, corriendo a toda velocidad y me di cuenta demasiado tarde que el suelo de la caverna se hallaba a varios pies por debajo del nivel del túnel. Mis pies lanzados a la carrera erraron los diminutos escalones y me estrellé de modo terrible en el sólido suelo de piedra.

Me incorporé en la semioscuridad, frotándome la dolorida cabeza, y todo esto volvió a mí, y atisbé temerosamente en la vasta estancia hacia el negro y críptico corredor en el que Tamera y su amante habían desaparecido, y sobre el cual yacía un manto de silencio. Agarrando mi espada, crucé precavidamente la enorme caverna silenciosa y eché un vistazo al corredor. Mis ojos no hallaron sino una oscuridad más densa. Entré, luchando por penetrar las tinieblas, y en el mismo instante en que mi pie resbalaba en una gran mancha del suelo de piedra, el crudo y acre olor de la sangre recién

derramada llenó mi nariz. Alguien o algo había muerto aquí, ya fuera el joven bretón o su desconocido atacante.

Permanecí allí indeciso, con todos los miedos sobrenaturales, herencia del gaélico, alzándose en mi alma primitiva. Podía dar la vuelta y salir de esos laberintos malditos a la clara luz del sol y descender al limpio mar azul donde mis camaradas, sin duda, me aguardaban impacientemente tras la derrota de los bretones. ¿Por qué arriesgar mi vida en esas lúgubres madrigueras de ratas? Me devoraba la curiosidad por saber qué clase de seres habitaban la caverna, y quiénes eran los llamados Hijos de la Noche por los bretones, pero fue mi amor hacia la muchacha de la cabellera amarilla lo que me impulsó a descender ese oscuro túnel..., y la amaba, a mi modo, y habría sido bueno con ella, y la habría llevado a mi morada en la isla.

Caminé por el corredor, sin hacer ruido, la hoja dispuesta. No tenía ni idea sobre qué especie de criaturas eran los Hijos de la Noche, pero los relatos de los bretones les concedían una naturaleza claramente inhumana.

La oscuridad se cerró a mi alrededor a medida que avanzaba, hasta que me hallé moviéndome en la negrura más absoluta. Mi mano izquierda encontró a tientas un umbral extrañamente tallado, y en ese instante algo siseó como una víbora a mi costado y me hirió ferozmente el muslo. Devolví salvajemente el golpe y sentí que mi hoja encontraba el blanco, y algo cayó a mis pies y murió. Qué criatura había matado en la oscuridad no pude saberlo, pero debió ser al menos en parte humana pues el estrecho tajo de mi muslo había sido hecho con una hoja de alguna especie y no con colmillos o garras. Y sudé por el horror, pues bien saben los dioses que la siseante voz de la *cosa* no se había parecido a ninguno de los lenguajes humanos que yo había escuchado.

Y ahora, en la oscuridad delante de mí, oí repetirse el sonido, mezclado con horribles deslizamientos, como si gran número de criaturas reptiles se aproximasen. Penetré rápidamente en la entrada que mi mano había descubierto tanteando y estuve a punto de repetir mi caída de cabeza, pues en vez de conducir a otro corredor al mismo nivel, la entrada daba a una hilera de escalones para enanos sobre la que me tambaleé violentamente.

Recobrado el equilibrio, avancé cautelosamente, aferrándome a los costados para apoyarme. Me parecía descender hasta las mismas entrañas de la tierra, pero no me atreví a dar la vuelta. De pronto, muy lejos y abajo, percibí una débil y fantasmagórica luz. Continué adelante, sin más elección, y llegué a un punto donde el pozo de bajada se abría en otra gran cámara abovedada; y retrocedí, asombrado.

En el centro de la estancia se alzaba un lúgubre altar negro; había sido frotado con una especie de fósforo, de modo que brillaba apagadamente, iluminando a medias las sombrías cavernas. Dominándolo desde atrás, sobre un pedestal de cráneos humanos, yacía un objeto negro y críptico, esculpido con misteriosos jeroglíficos. ¡La Piedra Negra! La vieja, vieja Piedra ante la que, según decían los bretones, se arrodillaban los Hijos de la Noche en horripilante adoración, y cuyo origen se perdía en las negras neblinas de un pasado horrendamente lejano. Una vez, decía la leyenda, se había alzado en ese severo círculo de monolitos llamado Stonehenge, antes que sus devotos hubieran sido barridos como inmundicias por los arcos pictos.

Pero no le concedí sino una fugitiva y estremecida mirada. Dos figuras yacían, atadas con correas de cuero crudo, sobre el resplandeciente altar negro. Una era Tamera, la otra era Vertorix, manchado de sangre y el cabello revuelto. Su hacha de bronce, manchada de sangre seca, yacía cerca del altar. Y ante la Piedra brillante se agazapaba el Horror. Aunque nunca había visto a ninguno de esos grotescos aborígenes, reconocí a la criatura por lo que era y me estremecí. Era un hombre, en cierto modo, pero tan abajo en la escala vital que su distorsionada humanidad era más horrible que su bestialidad.

Erguido, no podría llegar a los cinco pies. Su cuerpo era enjuto y deforme, su cabeza desproporcionadamente grande. Su lacia y enmarañada cabellera caía sobre un rostro cuadrado e inhumano, con labios flácidos y convulsos que dejaban al descubierto colmillos amarillentos, unas fosas nasales grandes y achatadas y grandes ojos oblicuos de color amarillo. Sabía que la criatura debía ser capaz de ver en la oscuridad tan bien como un gato. Siglos de acechar en cavernas penumbrosas le habían dado a la raza atributos terribles e inhumanos. Pero el rasgo más repulsivo era su piel: escamosa, amarilla y manchada, como el cuero de una serpiente. Un taparrabos hecho de auténtica piel de serpiente ceñía sus flacos lomos, y sus manos ganchudas aferraban una corta lanza con punta de piedra y un mazo de pedernal pulido de siniestro aspecto.

Contemplaba con tan intensa satisfacción a sus cautivos que, evidentemente, no había oído mi cauteloso descenso. Mientras dudaba en la sombras del pozo, escuché encima de mí un suave y siniestro arrastrarse que me heló la sangre en las venas. Los Hijos se arrastraban detrás de mí por el pozo, y estaba atrapado. Vi otras entradas abriéndose a la estancia y actué, dándome cuenta que una alianza con Vertorix era nuestra única esperanza. Aunque fuéramos enemigos, éramos hombres, hechos a idéntica imagen, atrapados en la madriguera de esas indescriptibles monstruosidades.

Cuando surgí del pozo, el Horror ante el altar levantó de golpe la cabeza y me miró. Y mientras se levantaba, salté yo y él se derrumbó, chorreando sangre, cuando mi pesada espada traspasó su reptilisco corazón. Pero incluso mientras moría, lanzó un aborrecible aullido que resonó hasta las alturas del pozo. Con una premura desesperada corté las ataduras de Vertorix y le puse en pie. Y me volví hacia Tamera, que en tan desesperado apuro no se apartó de mí, sino que me miró con ojos implorantes y dilatados por el terror. Vertorix no malgastó tiempo en palabras, viendo que la suerte nos había hecho aliados. Recobró su hacha mientras yo liberaba a la chica.

—No podemos subir por el pozo —explicó rápidamente—; ya que en seguida tendríamos encima a toda la manada. Atraparon a Tamera mientras buscaba una salida y me superaron a fuerza de número cuando la seguí. Nos arrastraron aquí y se fueron todos salvo esa carroña..., llevando nuevas del sacrificio a todos sus agujeros, sin duda. Sólo Il-marenin sabe cuántos de mi pueblo, robados en la noche, han muerto en ese altar. Debemos probar nuestra suerte en uno de esos túneles..., ¡todos llevan al infierno! ¡Sígueme!

Tomando la mano de Tamera corrió rápidamente al túnel más cercano, y yo les seguí. Una mirada hacia la estancia antes que una curva del corredor la ocultara de la vista me mostró una horda repulsiva surgiendo del pozo. El túnel ascendía abruptamente y de pronto, frente a nosotros, vimos un rayo de luz gris. Pero al instante siguiente nuestros gritos de esperanza se mudaron en maldiciones de amarga decepción. Cierta, la luz diurna se filtraba por una grieta en la bóveda del techo pero lejos, muy lejos de nuestro alcance. Detrás nuestro, la manada voceó su alegría. Y yo me detuve.

—Sálvense si pueden —gruñí—. Les presentaré batalla aquí. Pueden ver en la oscuridad y yo no. Aquí, al menos puedo verles. ¡Vayan!

Pero Vertorix se detuvo también.

—De poco sirve que nos cacen como ratas hasta la muerte. No hay escapatoria. Enfrentemos nuestro destino como hombres.

Tamera gritó, retorciéndose las manos, pero se aferró a su amante.

—Quédate detrás de mí con la chica —gruñí—. Cuando caiga, aplástale los sesos con tu hacha para que no vuelvan a atraparla viva. Entonces vende tu vida tan cara como puedas, pues no hay nadie para vengarnos.

Sus agudos ojos sostuvieron mi mirada.

—Adoramos dioses distintos, saqueador —dijo—, pero todos los dioses aman a los hombres valientes. Puede que volvamos a encontrarnos, más allá de la Oscuridad.

—¡Hola y adiós bretón! —gruñí mientras nuestras diestras se unían en un férreo apretón.

—¡Hola y adiós, gaélico! —replicó.

Y me di la vuelta justo cuando una horda espantosa barría el túnel e irrumpía a la tenue luz, una pesadilla volante de cabelleras enmarañadas y flotantes, labios que espumaban y ojos llameantes. Lanzando mi atronador grito de guerra salté contra ellos y mi pesada espada cantó y una cabeza saltó de sus hombros sobre un manantial de sangre. Se lanzaron sobre mí. Luché como una bestia enloquecida y a cada golpe atravesé carne y hueso, y la sangre lo salpicaba todo como una lluvia escarlata.

Entonces, a medida que penetraban y yo caía bajo el simple peso de su número, un grito feroz atravesó el tumulto y el hacha de Vertorix cantó encima de mí, derramando la sangre y los sesos como el agua. La presión disminuyó y me alcé tambaleante, pisoteando los cuerpos que se retorcían debajo de mí.

—¡Una escalera detrás nuestro! —gritaba el bretón—. ¡Medio oculta en un ángulo de la pared! ¡Debe conducir a la luz del día! ¡Arriba, en nombre de Il-marenin!

Así que retrocedimos, luchando a cada palmo del camino. Las sabandijas lucharon como diablos sedientos de sangre, trepando sobre los cuerpos de los muertos para acuchillarnos lanzando alaridos. A cada paso derramábamos nuestra sangre cuando alcanzamos la bota del pozo en el que Tamera nos había precedido.

Aullando como los mismos demonios, los Hijos saltaron para arrastrarnos hacia abajo. El pozo no estaba tan iluminado como el corredor y se hizo más oscuro a medida que trepábamos, pero nuestros enemigos sólo podían llegar a nosotros por delante. ¡Por los dioses, les matamos hasta que la escalera estaba atestada de cuerpos mutilados y los Hijos espumaban como lobos enfurecidos! Entonces abandonaron repentinamente la contienda y descendieron a la carrera los escalones.

—¿Qué presagia esto? —jadeó Vertorix, restañando la sangre y el sudor de sus ojos.

—¡Por el pozo, aprisa! —dije boqueando—. ¡Pretenden subir por alguna otra escalera y atacarnos desde arriba!

Así que ascendimos corriendo aquellos malditos peldaños, resbalando y tropezando, y cuando rebasábamos un negro túnel que daba al pozo, oímos en las profundidades un temible aullido. Un instante después emergimos del pozo en un serpenteante corredor, tenuemente iluminado por una vaga luz grisácea que se filtraba desde las alturas, y en algún lugar de las entrañas de la tierra me pareció oír el trueno de un torrente de agua. Tomamos el corredor y, mientras lo hacíamos, un gran peso se estrelló en mi espalda, derribándome de bruces, y un mazo golpeó una y otra vez mi cabeza, enviando sordos relámpagos de roja agonía por todo mi cerebro. Con una torsión volcánica me saqué de encima a mi atacante y le puse debajo de mí y le desgarré la garganta con mis desnudas manos. Y sus colmillos se cerraron en mi brazo mientras moría.

Me alcé tambaleante y vi que Tamera y Vertorix habían desaparecido. Me hallaba un poco detrás de ellos y se habían alejado corriendo, ignorantes del demonio que había saltado sobre mis hombros. Indudablemente, pensaron que seguía pisándoles los talones. Di una docena de pasos y me detuve. El corredor se bifurcaba y no sabía qué ruta habían tomado mis compañeros. Gire al azar por el ramal de la izquierda y me adentré tropezando en la semioscuridad. Me hallaba debilitado por la fatiga y la pérdida de sangre, mareado y enfermo por los golpes que había recibido. Sólo el pensar en Tamera me mantenía tenazmente en pie. Al fin escuché con claridad el sonido de un torrente invisible.

Que no me hallaba a gran profundidad era evidente por la tenue luz que se filtraba de algún lugar en las alturas, y por un momento esperé tropezarme con otra escalera. Pero cuando lo hice, me detuve presa de negra desesperación; en vez de hacia arriba, llevaba hacia abajo. En algún lugar, a mis espaldas, oí débilmente los aullidos de la manada y me dirigí hacia abajo, sumergiéndome en la más completa oscuridad. Había abandonado toda esperanza de huida y sólo esperaba hallar a Tamera

—si ella y su amante no habían encontrado un modo de huir— y morir con ella. El trueno de la corriente de agua se hallaba ahora sobre mi cabeza, y el túnel era fangoso y húmedo. Gotas de líquido caían en mi cabeza y supe que estaba pasando bajo el río.

Entonces tropecé de nuevo con escalones tallados en la piedra, y éstos llevaban hacia arriba. Ascendí por ellos tan de prisa como me lo permitía la creciente rigidez de mis heridas. y había recibido el castigo suficiente para matar a un hombre corriente. Ascendí más y más arriba y de pronto la luz del día surgió de una hendidura en la roca sólida. Me hallé bajo el resplandor del sol. Estaba de pie en una cornisa muy por encima de las aguas torrenciales de un río que corría a sorprendente velocidad entre altos acantilados. La cornisa en la que me encontraba estaba próxima a la cima del acantilado; la salvación estaba al alcance de mi mano. Pero vacilé y tal era mi amor por la muchacha del cabello dorado que estaba dispuesto a volver sobre mis pasos a través de los negros túneles con la loca esperanza de hallarla. Entonces di un respingo.

A través del río vi otra hendidura en la pared del acantilado situado delante de mí, con una cornisa similar a aquella en la que me hallaba, pero más larga. En tiempos más antiguos, no lo dudé, alguna especie de puente primitivo conectaba las dos cornisas... posiblemente antes que se excavara el túnel bajo el lecho del río. Mientras miraba, dos figuras emergieron a esa otra cornisa..., una llena de tajos, manchada de polvo, cojeando, aferrando un hacha ensangrentada; la otra esbelta, blanca y juvenil.

¡Vertorix y Tamera! Habían tomado el otro ramal del corredor en la bifurcación y evidentemente habían seguido las ventanas del túnel para emerger como lo habían hecho, excepto que yo había tomado la desviación izquierda y pasado limpiamente bajo el río. Y ahora vi que se hallaban en una trampa. A ese lado los acantilados se alzaban unos cincuenta pies más arriba que en mi lado del río y eran tan escarpados que una araña a duras penas habría podido escalarlos. Sólo había dos modos de huir de la cornisa: regresar por los túneles atestados de demonios, o lanzarse de cabeza al río que corría locamente en las profundidades.

Vi a Vertorix contemplar los escarpados acantilados, mirar luego abajo y sacudir la cabeza con desesperación. Tamera le rodeó el cuello con los brazos, y aunque el ímpetu del río no me dejó oír sus voces, les vi sonreír al tiempo que se colocaban en el borde de la cornisa. Y de la hendidura surgió un enjambre, una repugnante turbamulta, como sucios reptiles que emergen retorciéndose de la oscuridad, y se quedaron inmóviles, pestañeando bajo la luz del sol como las criaturas nocturnas que eran. Aferré el pomo de mi espada bajo la agonía de mi impotencia hasta que la sangre goteó bajo mis uñas. ¿Por qué la manada no me había seguido a mí en vez de a mis compañeros?

Los Hijos vacilaron un instante mientras los dos bretones se les encaraban y entonces, con una carcajada, Vertorix arrojó su hacha a lo lejos en el río impetuoso y, dándose la vuelta, abrazó por última vez a Tamera. Juntos saltaron y, abrazado cada uno al otro, se precipitaron hacia abajo, golpearon las aguas locamente espumantes que parecieron saltar para recibirles, y se desvanecieron. Y el río salvaje siguió fluyendo como un monstruo ciego e insensato, retumbando entre los resonantes acantilados.

Por un momento permanecí helado, y luego giré como un hombre en sueños, aferré el borde del acantilado encima de mí y, cansadamente, me icé por encima de él, y me puse en pie sobre los acantilados oyendo como un tenue sueño el rugido del río, lejos allá abajo.

Me tambaleé, aferrando asombrado mi pulsante cabeza, sobre la que se secaban las costras de sangre. Contemplé furiosamente lo que me rodeaba. Había escalado los acantilados... ¡no, por el trueno de Crom, estaba aún en la caverna! Tendí la mano hacia mi espada...

Las nieblas se desvanecieron y, como mareado, examiné los alrededores, orientándome en el espacio y el tiempo. Estaba al pie de los escalones por los que había caído. Yo, que había sido Conan el saqueador, era John O'Brien. ¿Era todo ese grotesco interludio un sueño? ¿Podía un simple sueño

parecer tan vívido? Incluso en sueños, sabemos a menudo que estamos soñando, pero Conan el saqueador no había tenido conocimiento de ninguna otra existencia. Aún más, recordaba su propia vida pasada como la recuerda un hombre vivo, aunque en la mente que iba despertándose de John O'Brien, ese recuerdo se borraba entre el polvo y la niebla. Pero las aventuras de Conan en la Caverna de los Hijos permanecían claramente delineadas en la mente de John O'Brien.

Lancé una mirada a través de la penumbrosa estancia hacia la entrada del túnel en el interior del cual Vertorix había seguido a la muchacha. Pero miré en vano, viendo sólo el desnudo y vacío muro de la caverna. Crucé la estancia, encendí mi linterna —milagrosamente intacta en mi caída— y tanteé a lo largo del muro.

¡Ah! ¡Me sobresalté, como por una sacudida eléctrica! Exactamente donde debería hallarse la entrada, mis dedos detectaron una diferencia en el material, una sección que era más áspera que el resto del muro. Estaba convencido que era de construcción relativamente moderna; el túnel había sido cerrado.

Empujé contra ella, empleando toda mi fuerza, y me pareció que esa sección estaba a punto de ceder. Retrocedí e, inspirando profundamente, lancé todo mi peso contra ella, respaldado por todo el poder de mis gigantescos músculos. La pared, quebradiza y ruinosa, cedió con un estruendo ensordecedor y me catapulté a través de una lluvia de piedras y argamasa que caía.

Dejando escapar un agudo grito me puse en pie. Estaba en un túnel y no podía equivocarme esta vez en cuanto a la sensación de familiaridad. Aquí había caído por primera vez Vertorix bajo los Hijos, mientras se llevaban a Tamera, y aquí donde me encontraba ahora el suelo había sido bañado de sangre.

Caminé por el corredor como un hombre en trance. Pronto debería llegar al umbral a la izquierda..., cierto, allí estaba, el portal extrañamente tallado, en la boca del cual había matado a la criatura invisible que surgió de la oscuridad detrás de mí. Me estremecí por un instante. ¿Sería posible que los restos de esa sucia raza siguieran acechando horriblemente en estas remotas cavernas?

Giré por el umbral y mi linterna iluminó un largo pozo de bajada, con diminutos escalones cortados en la piedra sólida. Por estos escalones había descendido a tientas Conan el salteador y por estos escalones descendí yo, John O'Brien, con recuerdos de esa otra vida llenando mi cerebro de vagos fantasmas. Ninguna luz brillaba delante de mí pero llegué a la gran estancia penumbrosa que antes había conocido y me estremecí al ver el inexorable altar negro delinearse bajo el brillo de mi linterna. Ahora ninguna figura arada se retorció en él, ningún horror agazapado se regodeaba ante él. Tampoco la pirámide de cráneos soportaba a la Piedra Negra ante la que razas desconocidas se habían inclinado antes que Egipto surgiera del alba del tiempo. Sólo un montón de polvo yacía esparcido donde los cráneos habían mantenido en alto la cosa infernal. No, eso no había sido un sueño: era John O'Brien, pero había sido Conan de los salteadores en esa otra vida, y ese terrible interludio un breve episodio de realidad que había revivido.

Penetré en el túnel por el que habíamos huido, lanzando delante de mí un rayo de luz, y vi el haz de luz grisácea descendiendo desde lo alto..., igual que en esa otra edad perdida. Aquí, el bretón y yo, Conan, habíamos sido acorralados. Aparté los ojos de la vieja hendidura en las alturas del techo abovedado y busqué la escalera. Ahí estaba, medio oculta por un ángulo en la pared. Subí, recordando cuán duramente la habíamos ascendido Vertorix y yo tantas eras antes, con la horda siseando y espumando en nuestros talones. Me descubrí tenso de temor mientras me acercaba a la oscura y bostezante entrada a través de la que la manada había intentado cortarnos el paso. Había apagado la luz cuando entré en el corredor inferior, tenuemente iluminado, y ahora contemplaba el pozo de negrura que se abría sobre la escalera. Y, con un grito, retrocedí, casi perdiendo pie en los

gastados escalones. Sudando en la semioscuridad conecté la linterna y dirigí su rayo a la críptica abertura, revólver en mano.

Vi sólo los costados desnudos y redondeados de un pequeño túnel y reí nerviosamente. Mi imaginación se estaba desbandando; podría haber jurado que horribles ojos amarillos me lanzaban una mirada terrible desde la oscuridad y que algo que se arrastraba se había escurrido por el túnel. Era un tonto dejando que tales imaginaciones me trastornaran. Los Hijos se habían desvanecido de estas cavernas hacía largo tiempo; una raza aborrecible y carente de nombre, más cercana a la serpiente que al hombre, se habían desvanecido hace siglos en el olvido del que habían salido arrastrándose en los negros amaneceres de la tierra.

Emergí del pozo al corredor serpenteante que, como recordaba de antes, era más luminoso. Aquí una cosa al acecho había saltado desde las sombras a mi espalda mientras mis compañeros, sin enterarse, seguían corriendo. ¡Qué hombre tan enorme había sido Conan para poder continuar tras recibir heridas tan salvajes! Sí, los hombres eran de hierro en esa era.

Llegué al lugar donde el túnel se bifurcaba y, como antes, tomé el ramal de la izquierda y llegué al pozo que descendía. Abajo fui, prestando oído al rugido del río pero sin escucharlo. Una vez más la oscuridad se cerró sobre el pozo, así que me vi forzado a recurrir de nuevo a mi linterna eléctrica, a menos que perdiera pie y me precipitara hacia mi muerte. ¡Oh, yo, John O'Brien no soy con toda seguridad tan firme de paso como lo era yo, Conan el saqueador; no, ni poseo tampoco su potencia y velocidad, dignas del tigre!

No tardé en llegar al húmedo nivel inferior y sentí de nuevo la humedad que indicaba mi posición bajo el lecho del río, pero aún no podía oír el fluir del agua. Y sabía con certeza que fuera cual fuera el poderoso río que se había precipitado rugiendo hacia el mar en esos tiempos antiguos, hoy no existiría tal curso de agua entre las colinas. Me detuve, paseando la luz por los alrededores. Me hallaba en un vasto túnel, de techo no muy alto, pero amplio. Otros túneles más pequeños se ramificaban a partir de él y me pregunté por la red que aparentemente horadaba las colinas.

No puedo describir el lúgubre y tenebroso efecto de esos corredores oscuros de bajo techo, muy en lo hondo de la tierra. Sobre todo ello pendía un avasallador sentimiento de inexplicable antigüedad. ¿Por qué el Pequeño Pueblo había tallado esas criptas misteriosas, y en qué negra era? ¿Fueron estas cavernas su último refugio contra las mareas invasoras de la humanidad, o sus castillos desde tiempo inmemorial? Sacudí la cabeza desorientado; la bestialidad de los Hijos la había contemplado y, con todo, de algún modo habían sido capaces de excavar estos túneles y estancias que podrían asombrar a los ingenieros modernos. Aun suponiendo que hubiesen completado una labor empezada por la naturaleza, seguía siendo una obra portentosa para una raza de aborígenes enanos.

Entonces me di cuenta con un sobresalto que estaba más tiempo en estos túneles tenebrosos del que deseaba, y empecé a buscar los escalones por los que Conan había ascendido. Los encontré y, mientras los seguía, respiré de nuevo hondamente aliviado ante el súbito brillo de la luz diurna que llenó el pozo. Aparecí en la cornisa, ahora desgastada hasta no ser apenas sino un relieve en la faz del acantilado. Y vi el gran río, que había rugido como un monstruo aprisionado entre las escarpadas paredes de su estrecho desfiladero, encogido con el paso de los eones hasta no ser más que un pequeño arroyo, muy por debajo de mí, escurriéndose en un hilo silencioso entre las piedras en su camino hacia el mar.

Sí, la superficie de la tierra cambia; los ríos crecen o se encogen, las montañas se alzan y se derrumban, los lagos se secan, los continentes se alteran; pero bajo la tierra la obra de manos perdidas y misteriosas duerme intacta por el barrer del Tiempo. Su obra, sí; pero, ¿y qué de las manos que erigieron esa obra? ¿Acaso ellas también acechaban bajo el seno de las colinas?

Cuánto tiempo permanecí allí, perdido en vagas especulaciones, no lo sé pero de pronto, contemplando la otra cornisa, ruinoso y gastada por la intemperie, me agazapé en la entrada detrás de mí. Dos figuras surgieron en la cornisa y lancé un jadeo de sorpresa al ver que eran Richard Brent y Eleanor Bland. Ahora recordé porqué había venido a la caverna y mi mano buscó instintivamente el revólver en mi bolsillo. Ellos no me vieron. Pero yo podía verles y oírles claramente también, ya que ningún río rugiente tronaba entre las cornisas.

—Vaya, Eleanor —estaba diciendo Brent—, me alegro que decidieras venir conmigo. ¿Quién habría supuesto que había algo en esas historias de viejas sobre túneles ocultos que surgían de la caverna? Me pregunto, ¿cómo llegó a caerse ese trozo de pared? Pensé oír un estruendo justo cuando entramos en la cueva exterior. ¿Supones que había algún mendigo en la caverna antes que nosotros, y que la rompió?

—No lo sé —respondió ella—. Recuerdo..., ¡oh, no lo sé! Casi parece como si hubiera estado aquí antes, o lo hubiera soñado. Me parece recordar débilmente, como una lejana pesadilla, correr, correr, correr interminablemente a través de esos corredores oscuros con horrendas criaturas pisándome los talones...

—¿Estaba yo allí? —preguntó bromeando Brent.

—Sí, y John también —respondió ella—. Pero no eras Richard Brent y John no era John O'Brien. No, y yo tampoco era Eleanor Bland. ¡Oh, es tan vago y lejano que no puedo describirlo en absoluto! Es borroso, terrible y lleno de niebla.

—Lo entiendo un poco —dijo él inesperadamente—. Desde que llegamos al lugar donde la pared había caído revelando el viejo túnel, he tenido una sensación de familiaridad con el sitio. Había horror y peligro y batalla..., y amor también.

Se acercó al borde para mirar la garganta y Eleanor lanzó de pronto un grito, agarrándole en un abrazo convulsivo.

—¡No, Richard, no! ¡Sujétame, oh, sujétame fuerte!

Él la tomó en sus brazos.

—Eleanor, querida, ¿qué ocurre?

—Nada —dijo titubeando, pero se aferró más a él y vi que estaba temblando—. Sólo una sensación extraña..., una oleada de mareo y temor, como si estuviera cayendo desde una gran altura. No te acerques al borde, Dick; me asusta.

—No lo haré, querida —respondió, atrayéndola hacia él, y continuó vacilante—: Eleanor, hay algo que he querido preguntarte desde hace largo tiempo..., bueno, no sé decir las cosas de modo elegante. Te amo, Eleanor: siempre te he amado. Eso lo sabes. Pero si no me amas, me quitaré de en medio y no te molestaré más. Por favor, límitate a decirme una cosa u otra, porque no puedo aguantarlo más. ¿Soy yo o el norteamericano?

—Tú, Dick —respondió ella, ocultando su rostro en el hombro de él—. Has sido siempre tú, aunque no lo sabía. Tengo en mucha estima a John O'Brien. No sabía a cuál de los dos amaba realmente. Pero hoy, mientras cruzábamos esos túneles terribles y trepábamos esos temibles escalones, y ahora mismo, cuando por alguna extraña razón pensé que estábamos cayendo de la cornisa, me di cuenta que era a ti a quien amaba..., que siempre te he amado, en más vidas que ésta. ¡Siempre!

Sus labios se encontraron y vi su cabellera dorada ponerse en su hombro. Tenía los labios resecos y el corazón frío, pero mi alma se hallaba en paz. Se pertenecían el uno al otro. Eones antes vivieron y amaron, y a causa de ese amor sufrieron y murieron. Y yo, Conan, les había llevado a esa muerte.

Les vi volverse hacia la hendidura, rodeándose con los brazos y entonces oí a Tamera —quiero decir, a Eleanor— lanzar un alarido, y les vi retroceder a los dos. Y de la hendidura surgió algo horrible que se retorció, una repugnante cosa que hacía vacilar la mente y parpadeaba bajo la limpia

luz del sol. Sí, la conocía de antes..., vestigio de una edad olvidada, llegaba contorsionando su horrorosa forma desde la oscuridad de la tierra y el pacto perdido para reclamar lo suyo.

Vi lo que tres mil años de retroceso pueden hacerle a una raza que ya era horrenda en el principio, y me estremecí. E instintivamente supe que en todo el mundo era el único de su especie, un monstruo que había seguido viviendo. Sólo Dios sabe cuántos siglos, vegetando en el fango de sus húmedas madrigueras subterráneas. Antes que los Hijos se hubieran desvanecido, la raza debió perder toda semblanza humana, viviendo, como lo hacían, la vida del reptil. Esta cosa se parecía más a una serpiente gigante que a cualquier otra cosa, pero tenía piernas abortadas y brazos tortuosos con garras ganchudas. Se arrastraba sobre el vientre, retorciendo sus labios moteados para desnudar colmillos como agujas, que sentí debían gotear de veneno. Siseó al levantar su horripilante cabeza en un cuello horrorosamente largo, mientras sus ojos amarillos y sesgados brillaban con todo el horror engendrado en las negras madrigueras bajo la tierra.

Sabía que esos ojos me habían contemplado llameando desde el oscuro túnel que se abría sobre la escalera. Por alguna razón la criatura había huido de mí, posiblemente porque temía mi luz y era lógico suponer que era la única que permanecía en las cavernas, pues de lo contrario habría sido su presa en la oscuridad. De no ser por ella, los túneles podían ser atravesados con seguridad.

La criatura reptilesca se arrastró hacia los humanos atrapados en la cornisa. Brent había empujado a Eleanor detrás de él y permanecía, el rostro ceniciento, para protegerla lo mejor que pudiera. Y di gracias en silencio para que yo, John O'Brien, pudiera pagar la deuda que yo, Conan el saqueador, tenía con esos amantes desde hacía mucho tiempo.

El monstruo se irguió y Brent, con frío coraje, saltó para enfrentarse a él con las manos desnudas. Apuntando rápidamente, disparé una vez. El tiro resonó como un chasquido fatídico entre los enormes acantilados y el Horror, con un grito penosamente humano, se tambaleó violentamente, se balanceó y cayó de cabeza, retorciéndose y anudándose como una pitón herida, precipitándose desde la cornisa y desplomándose en las rocas de abajo.

## **FIN**

Título Original: People of the Dark © 1987.  
Escaneado/Publicado por Conner MacLeod.  
Revisado y Reeditado por Arácnido.  
Revisión 2.